

LA IDENTIDAD DEL VENEZOLANO Y SU FUNCION INTEGRADORA

Rafael Carías Bazó

CARACTERISTICAS DEL VENEZOLANO

¿Cuáles son las características del venezolano? Esta pregunta supone que los caracteres fisionómicos constituyen un fondo visible y constatable de identidad ya que no se trata de rasgos pasajeros sino de condensaciones y sedimentaciones que son producto de un largo proceso que se ha estabilizado históricamente.

Afirmamos en primer lugar que el venezolano posee una vertiente benefactora-humanitaria muy clara que se manifiesta en una actitud de protección a los débiles, niños y ancianos y en la generosidad que no considera gastos.

Existe igualmente otra vertiente humanitaria-humana que muestra el aspecto débil y frágil de la naturaleza del hombre. Esta dimensión humana es expresada en la suavidad de la voz, lo pausado de los movimientos, el ritmo lento del trabajo, la delicadeza de los sentimientos que no quiere ofender y es fácilmente ofendido.

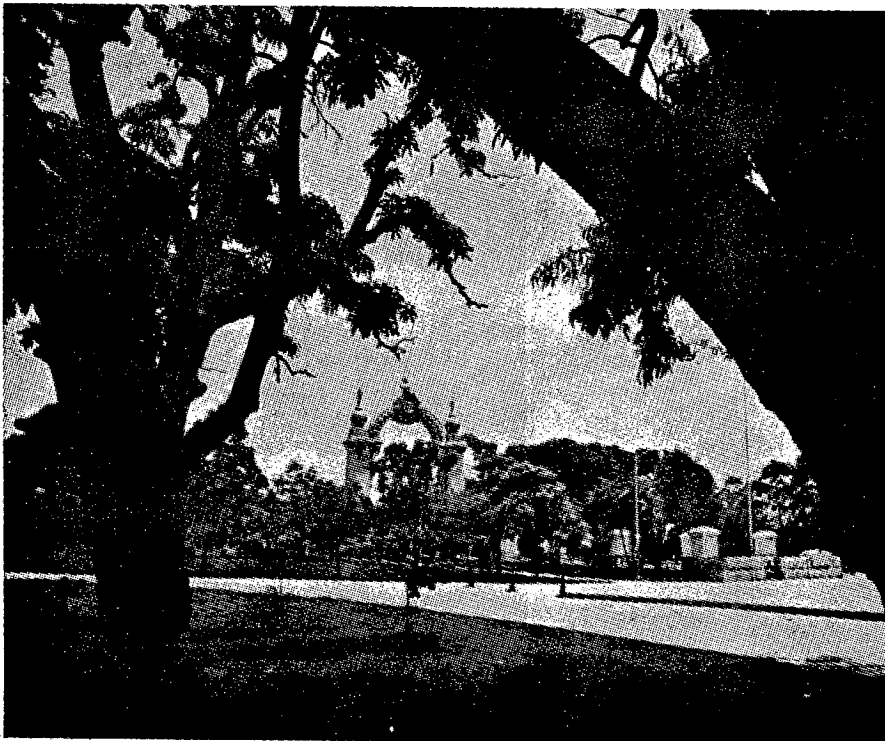
Además de estas dos vertientes de índole humanitaria-humana existe en el venezolano la afirmación tenue de la

Resumen:

Aunque aceptamos el valor jurídico que tienen los conceptos de patria y nación, preferimos dar a éstas un concepto vital. La nación como comunidad y geografía es el lugar donde se incuban las categorías mentales y las ideas fuerza. La percepción de la nación vivida amplía el horizonte de identidad personal y le confiere más seguridad y dinamismo para los proyectos de supervivencia. Afirmamos que la dinámica histórica se nutre de las ideas vitales hondamente arraigadas. Criticamos una explicación del proceso histórico puramente economicista o técnica. Al contrario asignamos a estos factores un papel retardador del dinamismo creador de la historia.

Al venezolano lo definimos en función de su fisonomía singular como un ser humanitario y de un perfil humano macerado y suavizado. Lo típico de su haber cultural lo descubrimos en su afán de comunicar y de convivir. En su conciencia histórica vemos el predominio o casi exclusividad de la épica. Las serias y repetidas cortaduras de su percepción histórica lo han convertido en un ser flotante que ha perdido el sentido de la seriedad y de lo trágico. El venezolano como pueblo manso que sufre y espera posee más capacidad de resistencia y supervivencia que el bravo pueblo de la epopeya.

Integrarse a la cultura venezolana significa para nosotros el suavizar el rostro del titanismo proyectista, adquirir esa especie de bonhomía propia del venezolano campechano y contrarrestar así la arrogancia del hombre técnico. La capacidad de sufrir y esperar la conceptuamos como valor en un contexto tan necesitado de la compasión. Este contexto lo precisamos por medio de la categoría de anti-cultura donde lo técnico y monetario nivelan y vacían las culturas nacionales. Venezuela como país minero ha experimentado (y experimenta todavía) desde afuera y desde dentro el impacto devastador del monetarismo como anti-cultura.



existencia que no tiene otras pretensiones sino manteniéndose a flote tratando de salvar lo necesario: la supervivencia del hijo, el honor de la madre. Fuera de esta línea vertical tribal todo lo demás es relativo; en este ingenuo flotar sobre condiciones adversas y humillantes se vive jugando, se juega a la vida, esto es, se asume la vida privada de toda dimensión trágica, hay indecisiones, cambios de posición, un ir y venir entre el intento de penetrar la novedad y el retornar a lo conocido.

Esta cultura desfondada, que no conoce lo trágico y sus condiciones, que juega a vivir y destaca el lado menos tenebroso de las cosas, que sabe sonreírse ante la mala pasada que es la vida tiene, ya se ve, el aspecto positivo de una adaptación flexible a un estado de lucha contra un enemigo (el trópico, el hambre ancestral, el amo), mucho más poderoso y tiene además el aspecto deficiente de la ausencia de anclaje en suelo sólido y la privación de un proyecto dinámico y determinante.

El venezolano es así. Es su fisonomía. Su modo de ser así es parte insoslayable de su identidad.

NARRATIVA, COMIDAS, VESTIDO

Su modo de ser se traduce en un modo de vivir. En su haber cultural, esto es, la realidad de las producciones de su mente sobresale su forma y su modo. Esta manera de hacer arte es lo característico. Si observamos el bagaje cultural que representa la identidad de la nación venezolana vemos que lo más importante es el modo de producción que excede en tipicidad a la obra misma.

Venezuela está tipificada por el Panteón Nacional, el "Alma Llanera", el 24 de Julio, los golpes de arpa, "Doña Bárbara", las hallacas, los toros coleados, el liquiliqui.

Fijemos la atención en estos ejemplos de creación artística en el modo de ser y de crear. Al mencionar Doña Bárbara notemos que en Venezuela prevalece la narrativa sobre los demás géneros literarios: El Venezolano es un infatigable contador con o sin fondo musical que ayuda a su inspiración. Su lenguaje busca reproducir la escena, comunicar lo visto, convertirse en mediador entre el hecho y los ausentes. Se prefiere la narrativa porque ésta no exige una toma de posición, sino se reduce a una repetición de un acontecer ajeno. La contribución típica del narrador es su afán de comunicar, de servir de enlace, allí se agota su creatividad.

Mencionamos también algunos platos que saben a Venezuela: las hallacas, el dulce de lechosa y algunas bebidas como la guarapita. Estos platos evocan las festividades anuales que unen a la familia y al pueblo. En esos tiempos del año el pueblo se encuentra a sí mismo. Frutos y guisos humildes pero de gran importancia simbólica y de convivencia. Los platos nacionales son vínculo de solidaridad con el entorno de la naturaleza proveedora y con los vecinos y amigos quienes con el intercambio de estos obsequios comestibles recíprocamente se festejan. De nuevo el plato criollo, como el lenguaje tejido de narraciones es vínculo de convivencia y participación.

El liquiliqui, remembranza del uniforme militar o del llanero arquetipo del soldado es una evocación de aquella parte de la historia cuando por una década se luchó por la independencia. Esos años dolorosos y gloriosos son los que han condensado la identidad nacional. El Panteón es su símbolo más egregio. Venezuela como tierra de héroes es



el motivo que siempre es evocado en momentos de exultación y también en los tiempos de infortunio. Esa diadema heroica está allí. Al condensar la historia evidencia una serie de cortaduras que limitan acentuadamente la conciencia histórica por más épica que sea. Notemos la cortadura del pasado precolombiano, tanto más lamentable cuanto que los rasgos temperamentales indígenas han quedado perpetuados en la mayoría de la población. Otra gran cortadura es la del pasado europeo, concretamente el pasado mediterráneo del corte medieval. A estos dos grandes rompimientos con el pasado se han seguido pequeños cortes cada vez que un caudillo es derrotado. Cada era busca olvidar las anteriores.

UN PUEBLO MANSO

¿Podríamos resumir la identidad del venezolano en una sola frase? Recordando a Gallegos que habló del hombre que sufre y espera podríamos decir que si bien el himno nacional exalta al bravo pueblo en realidad los venezolanos forman un pueblo manso. Esa mansedumbre y dulzura es lo que observábamos en su humanitarismo benéfico y humano, demasiado humano, en ese no resistir de frente al enemigo encarnizado sino saber flotar y sobrevivir sin demandar mucho a la vida reduciendo a un mínimo sus exigencias y asomándose solamente a la palestra de la existencia. Mansedumbre tenue que está sin pretenderlo dotada de una dosis de astucia.

Muchos inmigrantes tiene el país, y gran parte de éstos se preguntan por la vía de la integración. Se preguntan de buena fe cuál es lo característico del venezolano, cuál es lo distintivo de su cultura para emprender la tarea de la necesaria integración. Qué ofrece el venezolano que pueda complementar la cultura de los pueblos inmigrantes. Al responder permítaseme recordar a Octavio Paz, quien vino a descubrir el perfil mexicano no en el propio México sino en contraste con "el fondo reluciente de los Estados Unidos". Igualmente, sólo en contraste con las otras culturas presentes en Venezuela podremos ofrecer algo distinto a éstas. Integrarse significa hacerse como los venezolanos en su solidaridad con el débil e indigente, tratar de asimilar esa sencillez-tipificada en el venezolano campechano que es el contrapolo del ser anónimo y arrogante tan



en boga en un mundo tecnificado y ostensiblemente deshumanizado. En resumen, integrarse es humanizarse a la manera del criollo. No tomar la vida tan en serio ni tan a la tremenda como acostumbra los empeñados en el progreso técnico (a costa del hombre).

EL CONTRASTE DE LA ANTICULTURA

El contraste permitirá aclarar más este legado de humanitarismo con que Venezuela pudiera enriquecer a la Humanidad empezando con los que quieren hacer una segunda patria en Venezuela. En efecto, hasta ahora Venezuela se identificaba como un país minero y todo se integraba alrededor de su moneda fuerte. Se venía por el bolívar, se acumulaban bolívares y se compraba una feliz ancianidad en cualquier parte del mundo. El petróleo, esto es el bolívar, era el distintivo de la nación. Una anticultura del monetarismo invadió al país y bajo ese signo se integraron todos los que vinieron aquí a hacer bolívares.

¿Cómo es la anticultura monetaria? Es muy sencillo, lo vemos todos los días en los grandes centros de ideologización consumista. Esos grandes centros "comerciales" se repiten monótonamente en Miami, Caracas, Aruba, Buenos Aires, Londres. Todos tienen la misma estructura, los mismos instrumentos de pago —tarjetas de crédito— las mismas ofertas: electrónica, licores, textiles. Todos tienen agencias de viajes y ofrecen en venta los mismos libros y hits musicales. Esos productos, esos menús, esas recetas dan la vuelta al globo y son consumidos lo mismo en el Japón que en el Brasil. El carácter nacional se desvanece, la técnica ha homogeneizado los gustos y ha pasado la aplanadora a todas las diferencias nacionales. Ya todo esto es superficial y efímero como la moda. Ese consumismo masificado ya fue previsto hace años por pensadores como Ortega; ahora es realidad. La sociedad de masas orteguiana es esta civilización homogeneizada y superficial que hace tabla rasa con todo el dinamismo cultural y se torna terriblemente monótona y aburrida. Por no ser cultura la llamamos anticultura. Venezuela como proveedora de instrumento de pago se convirtió de paso en un salón de muestra de ese mercado internacional. Caracas dejó de ser caraqueña y pasó a ser una cosmópolis imprecisa donde circula un río pintoresco de buscadores de bolívares. Bogotá tiene su fisonomía, se la dan los bogotanos. Río de Janeiro también. Caracas perdió lo suyo, simple-



mente se desvaneció en el vacío cultural del monetarismo.

Al denunciar este estado de cosas observemos cómo el centro de gravedad de la dominación centrada antes en una cultura nacional metropolitana del imperio se ha desplazado primero a los consorcios multinacionales de bienes de consumo, inspirados por la técnica y es ésta y no la cultura determinada de la metrópoli, la que define la anticultura consumista y finalmente ha ocurrido un segundo desplazamiento de poder hacia los centros financieros que en cualquier momento pueden hacer ver que tanto los gigantes mineros como los consorcios de producción tienen pies de barro. Por tanto la amenaza de las culturas nacionales no proviene tanto de una cultura imperial (peligro de transculturización) sino de la prepotencia de la técnica y del monetarismo como fenómenos mundiales. Y en este sentido ya no hay diferencia entre metrópolis imperiales y colonias, entre centro y periferia porque también las culturas nacionales de las grandes potencias están sujetas a la misma amenaza.

EL APORTE DEL VENEZOLANO

En este contexto cobra más vigen-

cia lo que Venezuela pudiera ofrecer como elemento integrador nacional y como contrapartida al proceso nivelador de la técnica asociada al monetarismo. Frente al consumismo, el venezolano ofrece un modo de ser desprendido y de pocas pretensiones. Frente al titanismo tecnicista el venezolano toma la vida con cierta dosis de humor y actitud lúdica que bloquea todo sentimiento seriamente trágico. Frente a la razón técnica que subordina al hombre a lo programado el venezolano ofrece una razón compasiva y humanitaria en la que el quehacer prevalece sobre la programación y el producto. Esta riqueza temperamental y, como vemos ahora, también sapiencial del venezolano resalta aún más en el trasfondo deshumanizadamente monetario en que se vive en este tiempo.

Al definir así la identidad del venezolano pudiéramos encontrar una alternativa integradora de tono humanitario que no sea el frío y anónimo papel integrador que hasta ahora ha realizado el bolívar.